

Recomendamos sinceramente la lectura de este libro instructivo, del que apenas hemos conseguido dar un débil resumen, insinuador de mínima parte de su gran riqueza en observaciones e ideas renovadoras. Lo estimamos un libro de esclarecedor contenido y, por ello, de permanente consulta.—J. C. J.



«LOS 21», por Augusto d'Halmar.—Nascimento, 1948

Por algunos meses tuvimos este libro, intacto, en nuestra biblioteca. Solíamos desear leerlo, ya hoy, ya mañana... Mas, ajetreos de política y de profesión, amén de tales o cuales urgentes lecturas de imprenta filosófica o sociológica, nos llevaban de acá para allá. Sin embargo, en este domingo de mayo, día nebuloso y húmedo, propicio al recogimiento en la tibia y pacífica atmósfera hogareña, hemos entrado por el mundo de «Los 21». Más todavía, tras de terminar de leerlo, en un solo y sostenido tirón de lectura grata y sugestiva, estamos anotando estas breves consideraciones.

Cuanto digamos es el resultado sencillo y sincero de la impresión y de las reflexiones que esta obra de d'Halmar deja, tal vez en cada lector sin pretensiones de crítico fogueado e indiscutido.

En primer término, es este libro un paseo del lector por entre gente y por mundos cuya experiencia más o menos personal y directa tuvo Augusto d'Halmar. Claro está, se trata de gente de letras. Más todavía, de las buenas letras. Pero más aún, que no sólo ha sido gente de letras, sino que ha sabido sumergirse en los recodos de la vida sin reservas mutiladoras. No es procedente repetir en estas anotaciones la nómina de cuantos escritores son evocados por d'Halmar. No obstante, estaría bien señalar a algunos, con el epíteto con que los singulariza su evocador: *Anderson o el abuelo de todos; Ibsen, el maestro constructr;*

*Dickens, el defensor de los pequeños; Zola y la novela social; Mau-
passant o el más lúcido de los alucinados; Milosz o la poesía de
mañana y de siempre; Antonio Machado, el poeta; Gorki, el vaga-
bundo de las dos Rusias; Pezoa Véliz, nuestro poeta nacional;
Conrad y el mar...* Paremos de copiar.

Y bien, se dirá, se trata de autores de la preferencia de quien ha escrito el libro. Nada más, pero tampoco nada menos. Porque tal preferencia recae sobre quienes han tenido y tienen un lugar propio en la literatura universal o, cuando menos, en la nacional de su respectivo país. En el caso de que a alguno de ellos se le quisiera discutir su universalidad. Pero esto no es todo. d'Halmar acentúa antes que nada la intimidad humana que ha regido su destino de hombres de carne y hueso. Sin embargo, hay un tercer rasgo, sin duda el profundo y decisivo: en la obra de cada uno de los escritores que informan el volumen de «*Los 21*» se nos va mostrando y demostrando el enraizamiento vivo y tenaz con que aquella obra penetra en los problemas concretos y múltiples del tiempo y la época en que fué concebida. Por esto, las páginas de «*Los 21*» están llenas de atisbos e indicaciones sagaces en torno a las cuestiones europeas y americanas a tenor de cuyas características peculiares fueron inspirados y moldeados los libros de un Víctor Hugo, un Bret Hart, un Eça de Queiroz, un Rudyard Kipling, pongamos por caso. Mas, Augusto d'Halmar no insiste mucho, apenas si esboza tales atisbos e indicaciones. Ahí está su diestra maestría en el arte de insinuar la esencia sin subrayar los detalles. Aunque esto lo haga d'Halmar sólo a fuerza de éste o aquel detalle. Así las cosas, «*Los 21*» resultan un esquema artístico y certero de varios de los más notorios autores de merecida fama mundial, engastados, como sin quererlo, en el proteiforme anillo de las inquietudes de su tierra y de su tiempo.

Para nosotros, que gustamos mantener la actitud respetuosa y humilde de modestos lectores, el valor quizás de mayor calado, sin desconocer los restantes y justamente por la colaboración

de ellos, que priva en el curso de «*Los 21*», reside en ese rango de introducción a la buena literatura universal que tienen estos bosquejos de Augusto d'Halmar. Ninguna obra menos pedagógica podría ser más didáctica que ésta de un consumado y extremado artista. Pues, a nuestro modo de ver, es difícil encontrarse con un libro que a cuantos desean iniciarse por los senderos de la gran literatura les dé una orientación y una conciencia tan clara de ella, como lo hacen los retratos de «*Los 21*». Pensamos en el lector medio de nuestro país y en ese embrión de lector medio que es nuestro estudiante secundario, es decir, en las personas para quienes un buen manual de literatura no debería ser un manual hecho por un experimentado profesor del ramo, sino por un artista que ha vivido, y que ha conocido los grandes hombres y los grandes libros. Tal vez lo dicho parezca un dislate, pero es un dislate que atiende una necesidad: nos hace falta un público de lectores que hayan sido iniciados en la literatura con verdadera sensibilidad e intención artísticas. Las lecciones escolares apresuradas y las noticias literarias gruñonas o viperinas de quienes hacen de críticos no han conseguido formar el gusto y la preferencia por unas auténticas bellas letras. Sea respecto de los autores chilenos o de los no chilenos. Y caramba que nos hace falta un buen público lector.

Otra de las características que vale la pena destacar con trazos nítidos en la elaboración de «*Los 21*», es la relativa a la reiterada y persistente simpatía, auténtica simpatía, con la cual d'Halmar se aproxima y nos acerca a cada uno de los autores cuya personalidad y cuya obra lo preocupan. Fluye a lo largo de los capítulos un calor humano y una solidaria comprensión de la gente y de las circunstancias, que dan a este delicado conjunto de intimidades literarias el valor de una objetiva lección de finura estética y de lozana ética intelectual. Por lo demás, Augusto d'Halmar es uno de los pocos escritores a quienes en la charla y en el libro se le encuentra siempre llano a reconocer capacidades y a callar defectos en sus colegas de oficio. Lástima que tan

bella lección sea tan poco asimilada por quienes viven más o menos próximos al microuniverso de las letras.

«*Los 21*» viene con un prólogo sutil e inteligente de Alone y con unas caricaturas leves y muy expresivas de Romera, colaboraciones ambas que realzan los positivos méritos de la galanura estilística y del señorío artístico de d'Halmar. Si continuara en esta brecha, con las andanzas y los años que lleva a cuestas, cómo nos facilitaría el deseo de hacer amar la literatura. Pero ello requiere que algún editor pague y estime en sus exactas medidas este peculiar don que aflora a través de «*Los 21*». Hablamos del bueno y grato don de enseñar sin pedagogía resabiada.—G. S.



EL PAISAJE EN LA LITERATURA MEXICANA (1) de *Manuel Maples Arce*

El elogio, la exaltación o la simple descripción del paisaje han determinado la originalidad temática de la literatura americana desde los primeros cronistas hasta nuestros días. Esta actitud fundamental de nuestros escritores ha preocupado a críticos e historiadores literarios como Mariano Latorre (2), el argentino Carlos B. Quiroga (3) y el poeta mexicano Manuel Maples Arce.

Mariano Latorre concibe literariamente la geografía de su país como una cantidad de rincones diversos que es preciso reflejar y anotar morosamente para conseguir una acertada definición totalizadora.

Para el argentino Quiroga el asunto se plantea en términos parecidos.

(1) Librería de Porrúa Hnos., México D. F.

(2) Ver revista «*Atenea*», núms. 69 y 70: «El sentido de la naturaleza en la poesía chilena». Noviembre y diciembre de 1930.

(3) «El paisaje argentino en función de arte». Editorial Tor, Buenos Aires.